

fué con el P. Villanueva para verse con San Francisco de Borja. Poco después mandóle el santo ordenarse de sacerdote, y con mucho consuelo celebró su primera misa en Simancas por el alma de su difunta esposa. Completó Dios la felicidad doméstica del Dr. Saavedra, llamando á sus hijas al estado religioso. Á los principios empleóse el nuevo sacerdote en predicar en las aldeas y enseñar el catecismo á la gente ruda de los contornos de Alcalá; pero pronto su gran virtud y buen juicio le elevaron á cargos más importantes. Fué compañero algún tiempo de San Francisco de Borja y quien más trabajó por el santo en la corte durante aquella borrasca de 1560. Poco después fué nombrado rector del colegio de Madrid, y en este cargo fué uno de los hombres que, sin ruido ni aparato, servía mucho á la Compañía por su gran sensatez y conocimiento de los negocios.

No era hombre de ciencia teológica, ni de elocuencia, ni de dotes brillantes, pero con su mucho conocimiento de las leyes, con su experiencia de los negocios y con su gran espíritu religioso, prestaba inmensos servicios, y por la correspondencia de Laínez y Borja se ve que era de los hombres en cuyo juicio se fiaban más ambos Generales. Era sumamente dado á la oración, en la cual recibía muy particulares mercedes de Dios nuestro Señor. Hacía cuanto podía por el bien de las almas, y en el gobierno de la Compañía, así como era perspicaz en conocer las faltas, así era magnánimo en sufrirlas y discreto en remediarlas. En 1570 sintióse gravemente enfermo y juzgaron conveniente los superiores llevarle de Madrid á Alcalá. Allí se sintió mejor, pero previendo su próxima muerte, empezó á disponerse para ella con extraordinaria diligencia. Daba gracias á Dios por verse libre de los negocios de la corte, gozábale extraordinariamente con la conversación de los Nuestros, y de vez en cuando hacía una visita al convento donde estaban monjas sus hijas. El P. Provincial Manuel López escribía á San Francisco de Borja lo siguiente: «El P. Dr. Saavedra está en Alcalá, bueno, gordo, contentísimo y hecho un santo» (1). En este tranquilo retiro le llegó la muerte el 23 de Julio de 1572 (2).

9. Otro de los hombres que por entonces prestaban sin ruido grandes servicios á la Compañía y la hermozeaban con admirables virtudes, fué el P. Diego de Ledesma. Ya expusimos en otra parte (3) lo

(1) *Epist. Hisp.*, xvi, f. 111.

(2) *Ibid.*, xviii, f. 176. Manuel López á Nadal. Alcalá, 24 de Julio de 1572.

(3) Lib. II, c. x.

que trabajó en el colegio romano, como maestro y como prefecto de estudios. Aquí debemos añadir que su ciencia y labor literaria iban acompañadas de tales virtudes, que hacían al P. Ledesma ejemplar de perfección religiosa. Lo que más sorprendía en este hombre, como observa su compañero en el magisterio, el P. Juan Fernández (1), era el hermanar virtudes y cualidades que en la vida ordinaria de los hombres suelen mutuamente excluirse. Poseía muchísima ciencia, y con esta ciencia juntaba una humildad profundísima. Era de ingenio perspicaz, penetrante y agudo, y, al mismo tiempo, mostraba la devoción tierna y sencilla que suele sentir la gente pobre hacia los objetos sagrados. Tenía gran actividad y diligencia en ejecutar cuanto le encomendaban los superiores, y juntamente mucha paciencia y sosiego para no turbarse por los inconvenientes y tropiezos que en la vida práctica suelen ocurrir. Por último, animábale un celo ardentísimo de la observancia regular, y era muy cuidadoso en avisar á los superiores de las faltas que se cometían en casa; pero á la vez rendía su juicio con la docilidad de un niño, cuando los superiores ó no atendían sus advertencias ó manifestaban distinto sentir en la apreciación de las cosas.

Este primor en juntar virtudes tan diversas, dice el P. Fernández, hacía reconocer en el P. Ledesma una asistencia especial del Espíritu Santo, sin la cual no parecía posible distinguirse un hombre á la vez en cualidades tan diferentes. Era muy dado á la oración, y muy parco, ordinariamente, en sus palabras; pero cuando la caridad del prójimo, y, sobre todo, el deseo de enseñar á otros movía su lengua, soltaba de buen grado un torrente de expansiva facundia, para comunicar á sus hermanos la ciencia que él atesoraba. Nunca estaba ocioso, nunca pidió exenciones ni singularidades. Siempre se le veía aplicado á la labor, siempre dispuesto á servir á sus hermanos, ante los cuales se mostraba revestido de cierta grave modestia, con la cual, ni él se descomponía nunca, ni toleraba que en su presencia se descompusiese nadie. Murió en Roma el año 1575.

10. Juntemos con el P. Ledesma á otro insigne operario, contemporáneo suyo, cuya eminente virtud parecía más amable por comparear más sobre lo humilde y abatido de su estirpe. El P. Juan de Albotodo había nacido en Granada por los años de 1527, y era hijo

(1) Véase la carta necrológica que escribió dos días después de morir el P. Ledesma, y que ha sido publicada por el *Monumenta historica S. J.* en el tomo *Monumenta paedagogica*, p. 859.

de un pobre morisco que ganaba penosamente la vida con el oficio de herrero (1). Aunque la nota de su bajo nacimiento le deprimiese á los ojos de la sociedad, sin embargo, su apacible condición y despejado talento le merecieron la protección de personas piadosas, y, sobre todo, de D. Pedro Guerrero. Gracias á estos bienhechores, obtuvo una beca en el colegio de San Miguel, y después en el de Santa Catalina, con lo cual pudo cursar la gramática, filosofía y teología, hasta graduarse de maestro en la universidad con no poco lucimiento. Habiéndose ordenado de sacerdote, oyó poco después los fervorosos sermones que predicaba en Granada el P. Basilio (2), y con ellos se sintió llamado á la Compañía.

Entró religioso el año 1557, y como ya tenía acabados todos los estudios, pudo consagrarse desde luego á la santificación de los prójimos. Fué un verdadero apóstol de los moriscos, y estimado como santo por todos los que le conocieron. Predicaba fervorosamente en arábigo á los moriscos, y en castellano á los demás. Su principal ocupación fué convertir á los de su raza y visitar las cárceles y hospitales. El Arzobispo D. Pedro Guerrero se servía del P. Albotodo para todas las obras buenas que deseaba hacer en provecho de los moriscos; la Inquisición acudía á él para la reducción de los apóstatas y renegados que tenía en sus cárceles, y la Cancillería le encomendaba el asistir á los condenados á muerte. No se limitaba el celo de este insigne operario á los moriscos y á la gente pobre. También se acercaban á él personas nobles y poderosas, y gustaban de tomarle por Padre espiritual, pues á todos cautivaba la suavidad de costumbres, la suficiencia de letras, los buenos modales, y, principalmente, la grave santidad que resplandecía en el P. Albotodo.

Su caridad con el prójimo no tenía límites. Él era el ordinario procurador y proveedor de los pobres encarcelados. También tenía lista de los pobres vergonzantes que había en cada parroquia, y por medio de algunos seglares de confianza, hijos suyos de confesión, procuraba remediar estas necesidades, pidiendo limosnas á los ricos. Entre estos actos de caridad, notan Roa y Ribadeneira los insignes favores que hizo el P. Albotodo á varios conventos pobres de mon-

(1) Las noticias sobre este Padre las tomamos de Roa (*Hist. de la provincia de Andalucía*, l. I, c. 30) y de Ribadeneira (*Hist. de la Asistencia de España*, l. VI, c. 22), añadiendo tal cual rasgo del *Examina Patrum*, del P. Nadal.

(2) Roma. Arch. di Stato. *Examina Patrum*, P. Albotodo. Véanse también los catálogos de 1574, en los cuales consta su patria y edad.

jas, buscándoles limosnas para sacarlos de apuros económicos graves en que se veían. Realzaba todas estas virtudes nuestro misionero con una insigne humildad. Él era el primero en recordar su origen morisco cuando alguna persona le daba muestras de estimación, y con este humilde recuerdo supo vencer las tentaciones de vanagloria con que tal vez le acometió el demonio. Murió santamente en Sevilla el 14 de Mayo de 1578.

11. Otros muchos hombres distinguidos por su virtud florecían en España, y con nombrar á tantos, el P. Ribadeneira exclama una vez (1): «De diez, no escribimos de uno.» Algunos de éstos, y ciertamente los más insignes, como los PP. Gil González, Cordeses, Doménech y Ramírez, vivieron todavía muchos años después de la muerte de San Francisco de Borja, y como nos han de dar grata ocupación en el tomo siguiente, reservamos para entonces el relato de sus virtudes. También fuera fácil extender este capítulo, discurriendo por los ejemplos que fuera de España dieron algunos españoles insignes, como el P. Cristóbal Rodríguez, el P. Maldonado y otros muchos. En lo que hemos indicado más arriba acerca de las misiones, queda suficientemente declarada la heroica santidad de varios misioneros, como el P. Cosme de Torres, el P. Andrés de Oviedo, el P. José de Anchieta y el H. Juan Fernández. Ya citamos más arriba (2) los nombres de ilustres mártires que, caminando al Brasil, santificaron con su sangre las aguas del Atlántico.

12. Cerremos este capítulo con la noticia del hombre que ha quedado en España como tipo del Padre espiritual y modelo insuperable de observancia religiosa, el venerable P. Baltasar Álvarez. Había nacido en Cervera, obispado de Calahorra, en Abril de 1534 (3). Hallándose estudiando teología en la universidad de Alcalá, fué recibido en la Compañía el 3 de Mayo de 1555. Enviáronle al noviciado de Simancas, y de allí pasó con el P. Bustamante á Córdoba, donde terminó su probación. Luego le hicieron ministro del colegio de Granada; pero le duró poco tiempo este oficio, pues le volvieron á Va-

(1) *Hist. de la Asistencia*, l. VIII, c. 17.

(2) Pág. 244.

(3) El P. La Puente dice que nació el P. Álvarez el año 1533; pero debe corregirse esta fecha por la respuesta que el mismo P. Álvarez dió al P. Nadal cuando éste le examinó á principios de 1562. Preguntado por su edad, respondió el Padre: «Por Abril cumplo veintiocho años.» Roma. Arch. di Stato. *Examina Patrum S. J.*, Baltasar Álvarez. Otros catálogos que hemos visto en las cartas anuas del siglo XVI confirman invariablemente esta fecha.

lladolid para que continuase sus estudios (1). Tampoco en este colegio se detuvo mucho tiempo, y establecido, por fin, en Avila, pudo continuar descansadamente la teología, oyéndola de los Padres dominicos en el convento de Santo Tomás. El año 1558 fué ordenado de sacerdote y nombrado ministro de aquel colegio, donde, por ausencias largas del rector, hubo de ser quien principalmente gobernase la casa. En los seis años de 1559 á 1565, en que desempeñó este oficio, tuvo la dirección espiritual de Santa Teresa de Jesús, y entonces fué cuando esta santa privilegiada, gracias á la dirección del P. Alvarez, triunfó de los últimos estorbos que la impedían volar á Dios, y continuó en adelante la carrera gloriosísima de virtudes heroicas y fundaciones admirables, que habían de edificar y santificar tanto á la Iglesia de Dios.

De Ávila pasó el P. Álvarez á Medina del Campo, donde empezó á ejercitar su oficio predilecto de maestro de novicios (2). En 1571 fué enviado de procurador á Roma por la Congregación provincial de Castilla. Dos años después quedó de Viceprovincial, durante la ausencia que hizo el P. Gil González Dávila para ir á la Congregación general. Después fué rector de Salamanca, y nuevamente maestro de novicios en Villagarcía. El año 1578 le nombró el P. Mercurian Visitador de la provincia de Aragón, y terminada esta visita fué designado Provincial de Toledo. Á los pocos meses de empezar este oficio, le llevó Dios para sí en el colegio de Belmonte el año 1580, cuando sólo tenía cuarenta y seis de edad.

Para los que han leído la hermosa biografía de este santo varón, escrita por el no menos santo P. Luis de la Puente, está de más todo cuanto digamos aquí. Con todo eso, gustará á nuestros lectores escuchar algunos juicios que daban acerca del P. Álvarez, mientras él vivía, otros Padres compañeros ó súbditos suyos. He aquí cómo le

(1) Ni en el P. La Puente, ni en nadie, he visto mencionada esta excursión del P. Álvarez á la provincia de Andalucía; pero no cabe dudar de ella por lo que el mismo Álvarez respondió al P. Nadal. Á la pregunta 23, concebida en estos términos: «En cuántas partes de la Compañía ha estado, y en qué ocupaciones», respondió así el interrogado: «En Alcalá, Simancas, Córdoba, Granada, Valladolid, Ávila. En Alcalá, Simancas y en Córdoba, en probación; en Granada y Ávila, ministro. Anduve con el P. Bustamante en aquellas dos partes: confieso también en Ávila; estudié en Valladolid y Avila.» *Ibid.* De aquí se infiere que es también falso lo que dice el P. La Puente, que el P. Álvarez repasó la filosofía en Burgos. Debió hacer esto en Valladolid.

(2) En Medina hizo la profesión en 1.º de Mayo de 1567, en manos del P. Carrillo, Provincial de Castilla, según éste escribe el mismo día. (*Epist. Hisp.*, XI, f. 480.)

describe el P. Santander: «Bien podría ser que otros superiores le hiciesen ventaja en lo temporal, aunque en esto no hay ni ha habido descuido en su colegio [de Medina] ni lo hubo cuando estuvo en Avila, como lo mostró la obra; pero en lo espiritual no veo yo, no digo en esta provincia, mas en lo que conozco de la Compañía de su tiempo y partes, quien le haga ventaja, ni que más fruto haga con su trato espiritual con los sujetos antiguos y nuevos: de mucha entereza y discreción y suavidad vigilante, sin perder un punto en todo lo que ha de hacer, humilde en el trato y amigo de oír y tomar el parecer de otros, sabiendo escoger lo mejor, sufridor de trabajos y paciente con los que lo han menester, y bien sabedor de ganar por aquí á los otros, y finalmente que en esta provincia los más de ella, así antiguos como nuevos, habrán pasado por sus manos y que no habrá quien le trate, que no huelgue de pasar por ellas. Es exactísimo observador de las cosas de su colegio y provincia, de Constituciones y reglas y ordenaciones de superiores para consigo y para con los otros, celoso de las cosas de su colegio y provincia y de toda la Compañía, y de los hombres más de oración que yo he conocido *inter nos*, cuerdo y mañoso con los de fuera y tan cortés, como si toda su vida hubiera seguido corte» (1).

Esto se escribía en Medina el año 1567, cuando el P. Baltasar Álvarez recibía de Dios singularísimos dones espirituales, y empezaba á ejercitar el cargo de maestro de novicios con una destreza que no tenía rival en toda la Compañía de España. No son menos encomiásticas las noticias que recibimos de Salamanca, cuando gobernaba aquel colegio. «La virtud grande, escribe el P. Gonzalo Dávila, y grandes dones que nuestro Señor ha comunicado al dicho P. Rector es cosa tan conocida en esta provincia y aun en toda la Compañía, que yo acerca de esto no tengo qué decir, sino que va cada día en aumento, aunque en todo me parece está muy crecido en lo espiritual, pero particularmente en el grande ejemplo y edificación que en todas sus obras y palabras da, lo cual le hace ser dechado de esta provincia, porque tiene gran fuerza esto con todos. Tiene toda la exacción que me parece se podía desear en la observancia de las Constituciones y reglas y ordenaciones, y pienso que en premio de esto y de todo lo demás le da nuestro Señor el tener en gran observancia sus súbditos y verse en todos particular deseo de su aprovechamiento y crecimiento que se echa de ver. Tiene gran fuerza su palabra; y pienso,

(1) *Epist. Hisp.*, XI, f. 491. Medina, 7 de Julio de 1567.

finalmente, que si V. P. viese el modo de proceder de los de este colegio, el deseo de agradar á nuestro Señor, la unión y alegría de todos, sería particular consuelo para V. P.» (1).

Un año después, el P. Miguel Marcos, consultor del mismo colegio, escribiendo al P. General, repetía los precedentes elogios y satisfacía á las ligeras objeciones que tal vez se levantaban contra el carácter y espíritu del P. Álvarez. Algunos le notan de poco afable. Algo hay de esto, responde el P. Marcos, pero si obra así el rector, es por conservar á los súbditos en el debido respeto. Otros le achacan poca magnanimidad, ya en el trato con los prójimos, ya en los negocios temporales, pareciéndoles que se ciñe demasiado al aprovechamiento espiritual de los súbditos. Infundada es esta queja, pues en Salamanca se trabaja bien en los ministerios, sobre todo desde que está allí el P. Ramírez, cuyos sermones, dice el P. Marcos, «bastan para quebrantar peñas». Algún apuro se ha pasado en lo temporal á principios del curso, pero la culpa fué del P. Gonzalo González, cuyos dictámenes perturbaron algún tiempo al rector. Otros reparan que es demasiado riguroso en el trato de su persona, y que con su excesiva penitencia pone en peligro su salud. El P. Marcos le ha avisado de esta falta y ha visto que el rector se acomoda á lo que se le dice, aunque todavía quisieran que se acomodase un poco más (2).

Como ya lo insinuaba Gil González en una de sus cartas, y lo describe largamente el P. La Puente (3), el ejemplo y dirección del P. Baltasar Álvarez fué criando en la provincia de Castilla una generación de religiosos admirables, que más adelante habían de honrar á la Compañía y santificar á innumerables almas.

13. Prescindiendo de hombres particulares, podemos asegurar que la generalidad de los Nuestros en España, durante los tres primeros generalatos, procedían, no solamente libres de pecados mortales, sino también con edificación de los prójimos, observando las reglas que les dió San Ignacio. La práctica de la oración mental, el cuidado de huir de los peligros contra la pureza, la obediencia, no solamente de los preceptos estrictos, sino también de los deseos de los superiores, la laboriosidad en el trabajo y el desprendimiento de las cosas de este mundo, estas virtudes religiosas, en más ó menos grado, eran generales en nuestras casas. Verdad es que algunas veces, así como

(1) *Ibid.* Salamanca, 27 de Marzo de 1574.

(2) *Ibid.* Salamanca, 1.º de Enero de 1575.

(3) *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cs. 19 y 20.

un sabio acredita de sabios á todos los individuos de una casa religiosa, así un santo acreditaba de santos á todos los de una casa ó colegio; pero con todo eso, no se puede negar que la observancia de los votos y la práctica de las virtudes religiosas era general en nuestras casas.

Aquí preguntará el lector: ¿y no había entonces faltas en la Compañía? ¿Eran todos santos? Por lo que atrás queda referido, habrása entendido que no faltaban en la Compañía los defectos que siempre acompañan á los hijos de Adán. Mas para responder de lleno á esta pregunta pasaremos al capítulo siguiente.